

*ASÍ ME LO CONTARON*

*páginas de ejemplo*

*Diciembre de 1939, en algún lugar de la península ibérica...*

El arresto se había producido hacía tan solo una semana, pero para Andrés parecían haber pasado meses, incluso años. Aquel cuartucho inmundo, desvencijado y cochambroso, comenzaba a marcar sus piernas y espalda con el duro y sucio yeso de sus paredes y suelo. Le habían dicho que aquello fue un hospital que quedó abandonado hacía más de una década, y que podía considerarse afortunado por no tener que compartir celda. Sabía que en algunos casos se hacinaban diez reclusos en un espacio como el suyo. Y el verdadero motivo por el cual él estaba solo, no era otro que evitar el contagio a los demás de su ignominiosa enfermedad.

Ya no debería quedar mucho para la sesión de la tarde, no tardarían en abrir la puerta y conducirlo a la odiosa y maloliente sala de interrogatorios.

Miró por todos los rincones, no había nada con qué quitarse la vida, quedó mirando el plato de hojalata que hacía dos días que no le llenaban. Tal vez si pudiera romperlo y sacarle algún filo podría seccionar las venas de sus muñecas, pero el desangrado tardaría más tiempo de lo que le dejaban solo, estaba sometido a una vigilancia tal, que cada dos horas a lo sumo acudía un guardia a echarle un vistazo. No para llevarle agua, eso no, solamente echarle un vistazo y comprobar que seguía con vida, solo eso.

Por el ventanuco enrejado situado a tres metros de altura penetraba el sonido de múltiples e ininteligibles conversaciones, solo podía entender algún que otro saludo, nada más. Lo que sí escuchaba claramente eran los gritos de las mujeres que a esas horas, como cada día, eran violadas dos celdas más allá. ¡Aquellos recios machotes, de cerebros empalmados!

Andrés volvió a fijarse en el plato y su imaginación se puso a trabajar. Si lo doblaba y afilaba en la pared, quizá pudiera apuñalarse con el arma resultante. No, no tendría filo suficiente y sería como tratar de clavarse un tarugo de madera, imposible. Miró el yeso de las paredes desconchadas y escritas como si de un pergamino se tratara. Tal vez pudiera reunir un montón de yeso, suficiente para tragarlo y ahogarse. Esta opción parecía más plausible que la utilización del plato.

No había hecho más que comenzar a rascar la pared cuando se abrió la puerta.

El sargento Silva estaba trajinando detrás de él, en el baúl donde guardaba sus aperos de tortura.

Andrés acababa de ser atado desnudo a la vieja silla, que como todos los días, le esperaba impaciente para ver cuánto tardaba en desmayarse. Siguiendo el protocolo habitual, Silva preguntó a su espalda:

–Soldado Carmena, ¿va a decir el nombre de la persona que estaba con usted?

Andrés no abrió la boca, cerró los ojos esperando que le encapucharan y se dispuso resignado a recibir el castigo de la tarde. Pasados unos segundos le extrañó que el sargento no cogiera la capucha de verdugo que estaba colgada a su derecha y podía verla de reojo, aún con la cabeza agachada como la tenía ahora. Fueron los pies de Silva los que vio que pasaban y se detenían frente a él. Poco a poco fue levantando la cabeza, lo que enarbolaba Silva en su mano derecha le aterrorizó.

Era un pedazo de nogal de unos ochenta centímetros de largo por unos diez de grueso.

Uno de los extremos había sido adelgazado para facilitar su manejo, el otro tenía cuatro clavos atravesando la madera y sobresaliendo unos cinco centímetros, las brillantes y afiladas puntas parecían poder penetrar cualquier material.

Silva disfrutaba haciendo sufrir a los prisioneros que le encomendaban, bien para enderezarles, o como en este caso, para sacarles información. Y uno de sus sistemas favoritos era el que estaba ahora empleando: Presentar al reo la herramienta que le iba a hacer papilla, pero no empezar de inmediato, dejar pasar el tiempo sin mover un músculo, con el instrumento de tortura muy cerca de los ojos de su víctima.

Durante los minutos que permanecía así, Silva recordaba algún episodio de su infancia, todos terminaban igual, tumbado en su cama boca abajo y recibiendo una tremenda somanta de palos, como si fuese un animal. Al recordarlo iba acumulando una rabia tal que arremetía contra el reo como si se hubiera vuelto loco de repente. A menudo tenían que entrar y sujetarle los centinelas de la puerta para que no matara al prisionero.

Ahora seguía esperando, pero no recordaba ninguna de las palizas propinadas por su progenitor, estaba calculando cuánto tiempo quedaba para que le dieran el permiso que tenía solicitado. Era el mismo que le quedaba de vida a su padre. Pensando en cómo le iba a matar bajó la estaca con todas su fuerzas clavándola en el muslo izquierdo de Andrés.

El alarido recorrió todo el cuartel. Una de las chicas republicanas que estaba siendo violada pudo respirar un poco al detener las embestidas su agresor. Todos quedaron un momento quietos, pero enseguida reanudaron sus quehaceres. Carmena continuaba sin hablar, –pensaron.

Al extraer el madero se desgarró piel y músculo de su pierna, Andrés sintió más dolor cuando salieron los clavos que cuando habían entrado. Había oído que morir de gangrena era horrible, miró los clavos y le parecieron lo suficientemente brillantes, la sangre resbalaba por su limpia superficie. Se obligaba a seguir pensamientos de ese tipo con el fin de no concentrarse en el dolor. Pero Silva no pensaba darle tregua, la segunda

clavada se produjo sin esperas y fue detrás de su hombro derecho, sintió un dolor tan agudo que estuvo a punto de desmayarse, una de las puntas había pinchado el omoplato. Silva no había hecho más que empezar.....